

tras de encomiar con generoso acento, con el noble de los floridos años de la vida, las graves virtudes militares que lo inspiran, presenta una tesis sobre fortificación en el campo de batalla; sobre esa forma de neutralizar los fuegos, de igualarse por momentos indispensables, con fuerzas superiores; sobre ese servicio interesantísimo, pero del auxilio del cual no debe abusarse, porque el atrincheramiento en el campo, cuando no lo demanda la necesidad, es la cadena que ata al soldado á la tierra, y lo estorba al avanzar cuando el avance en la lucha es la victoria.

Conmueve la voz del Colegio Militar, porque es la voz de aquellos niños gloriosos y sangrientos que murieron en la defensa de Chapultepec en 1847, y porque es la voz del porvenir de nuestro Ejército; y se escuchan en ella como acentos proféticos, de los adelantos á que llegarán nuestras instituciones militares, bajo la dirección de los que tienen que sucedernos en el mando, á los que con la melancolía de nuestra experiencia, y nuestros recuerdos de guerra, estamos para desaparecer.

¿Y al *acero*? al acero, los militares en sus certámenes le han dedicado una potente estrofa de su himno: el Ingeniero, el constructor, no debió olvidarlo, y la representación de Ingenieros no olvidó la industria referente á la composición de ese metal, que ha dado los más exactos instrumentos á la ciencia, y los más

poderosos á todas las industrias; los rieles al vapor, la magneta al telégrafo, las brillantes terribles armas al Ejército, dotándolo con prodigiosos cañones. Parece que al tratar sobre ese metal, olímpico nervio del progreso en la evolución asombrosa que presencian las generaciones actuales, se quiso con el acero, clásico material del armamento de los Ejércitos, como representar un gran trofeo de guerra, límpido y brillante, propio del acto militar y científico que las Conferencias significan.

¡Y qué gran trofeo puede imaginarse, con el acero en conjunto, como un astro: con el brillar de armas en que se destacan los cañones; lucir de sables á millares, ondear de mares de bayonetas; y semejante miraje, ofuscador de suyo, bruñido y reverberando á los fulgentes rayos de nuestro sol de los trópicos!

¡Magnífica, deslumbrante ornamentación para bélicas fiestas como las que hoy terminan!

Armas y servicios pasaron, pasaron en marcial desfile: cada uno de los conferencistas, representante de cada servicio y de cada arma del Ejército, saludó al pasar, blandiendo su estandarte, y levantó su vibradora estrofa en la tocata del bélico desfile. Y quedará la impresión del solemnísimo acto, anuncio de otro venidero; la voz de los oradores, hablando de la ciencia y del arte militares á los iniciados, será repercusión de ondas sonoras, haz de luces, sacudiéndose sobre sus

almas; notas y fulgores, que al producir intelectual fruición, inviten y animen á la diaria labor de ejercicios y de estudios, para llegar á ser sabios y á ser fuertes.

A ser fuertes y sabios, porque los que aceptamos el sagrado cargo de guardianes de la Ley y de la Patria, estamos en la obligación de adquirir el *sumum* de las potencias, la plenitud de los conocimientos y la plenitud del físico vigor, para poner todo nuestro valer en lo que toca al respectivo país, al servicio de los más altos fines morales de la humanidad, *el respeto á las instituciones y á la independencia de cada pueblo*, á fin de que, sin opresores y oprimidos, libres y grandes todas las naciones, puedan seguir al través de los tiempos, su glorioso destino de progreso.

Por lo demás, la abnegación y el valor, se imponen en nuestra carrera. La abnegación, para levantarlos superiores á las fatigas y á las penalidades; que le es preciso al que de ejemplo sirve, en medio de su propio cansancio y su dolor, animar con la sonrisa á los que manda. Por lo que hace al valor, el valor es común hasta en las fieras; pero el valor que se alienta en el noble cumplimiento del deber, es el que hace que el espíritu en que existe, se convierta en templo que no puede profanarse.

Así se forman á millares los guerreros, listos á entrar en formidables luchas; y apenas se trate de un

conjunto para combatir, y se gritará *orden, disciplina; disciplina y orden*, que es respeto por categorías, obediencia exacta é instantáneo al superior, y hacia abajo discreto y vigoroso mando.

El Ejército, el buen Ejército, no es el que en momentos dados sabe lanzarse con valeroso ímpetu; sino el que sabe soportar con firmeza los oscuros peligros, la rígida disciplina, la continua subordinación, y resistir constante las pruebas del infortunio.

Tal es la fuerza y engranaje de la grandiosa máquina llamada Ejército, que demanda perfección para funcionar en plenitud, en el instante que se le toca.

Y la posibilidad más ó menos remota de la guerra, y la necesidad de asegurar la paz, siempre un Ejército demandan.

Se siente mayor necesidad de seguridad, cuanto más se eleva la civilización, cuanto más se multiplican y crecen las industrias y aumentan las riquezas de un país; esa seguridad es condición y consolidación que requiere su progreso. El amparo del Ejército, la protección del elemento bélico, es, pues, necesario para el cultivo de todas las otras artes, para la tranquilidad indispensable al encumbramiento de las ciencias, para dar garantía á los cambios y transformaciones que ejecuta la riqueza de los pueblos.

Dos escuelas que han llegado á constituir congresos, han generosa, noblemente pensando en la paz uni-

versal; pero aun sus dictados exigirán la sanción de las armas. ¿Quién se impone para hacer respetar el Derecho?

¡Ay de los débiles si aparecen encontrados intereses en el gigante avance de los pueblos; quedarán desechos, aplastados bajo la planta de los poderosos, que corren al porvenir anhelantes, a paso de carga! ¡Será olvidada su nacionalidad y hasta su raza!

No es extraño, pues, que al objeto de organizar fuerza, para afianzar la individualidad viril, la independencia de cada Nación, se adunen con voluntad noble y enérgica, todos los elementos del poder, del saber, de la moral.

De allí es que el estado en que se encuentra un Ejército, sea el signo inequívoco que muestre la prosperidad, la cultura, el patriotismo del pueblo á que pertenece: es su florecencia, es el símbolo de su elevación, es la síntesis objetiva de su pasado y de su presente.

«Indicio cierto de la civilización creciente de un país, ha dicho un historiador filósofo, es el que las armas le sirvan para conservar la paz, y hacer que sus frutos no sean arrancados ó destrozados en flor, por enemigos externos ni interiores conmociones.»

Sí, los progresos de las armas aseguran contra las revueltas y las invasiones; y la guerra, que es duro oficio, sublime arte, especial ciencia; que demanda al-

tos auxiliares, por que está enlazada con la diplomacia, por las causas que dan derecho á declararla ó aceptarla; con la economía, por la administración; con la legislación, por sus instituciones; con la filosofía, para medir su acción en relación al enemigo, al tiempo y á la historia; la guerra, que exige por sí misma altezas, y que necesita tan altos auxiliares, siempre tiene y tendrá por principal elemento al hombre, al hombre dotado de espíritu, con sentimientos y con facultades; y si en México tocáis el corazón del hombre con el rayo del patriotismo, os gritará divinizado: *¡Dadme el fusil, y al llegar el momento, estoy dispuesto para lanzarme al fuego!*

¡Ah! ¡con qué grandiosa majestad se ostenta la noble, la alta vocación de un pueblo!

El Gobierno ha tocado, con sus disposiciones relativas á la formación de las Reservas del Ejército, el corazón y la inteligencia de la juventud mexicana, y ésta ha corrido, ha volado, acudiendo de un modo conmovedor, en apretadas falanges, al patriótico llamado; y entonces, como si se encendiera ante el espectáculo magnífico, el espíritu militar, desde la tribuna de estas Conferencias parece que él dirige su alentadora voz á los nuevamente iniciados, á esa masa de jóvenes ciudadanos puestos en movimiento para realizar un sólo y grande pensamiento del Presidente de la República, inspirado en el deseo altamente moral y glorioso de

asegurar, dentro de los principios de la democracia, hasta para el más remoto futuro, y más cada día, la integridad y la independencia nacionales.

La organización de los preciosos elementos que han de ir preparándose, demandan tremenda labor, y por parte de todos perseverancia inquebrantable. Toda grande empresa es una lucha, una educación, una palestra.

¡El Ejército Permanente, en ese gran trabajo, es el que va á ser el educador y el modelo: su responsabilidad es inmensa ante la historia; inmensa, cuanto es grave y gloriosa la misión!

¡Ah! el instante histórico por el que la República atraviesa, es solemnisimo.

El luchador titánico en las luchas por las instituciones; el héroe á la hora de la defensa de la independencia patria; el que matando la anarquía, unificó los disgregados elementos del país, y dió paz á la Nación; paz á cuya sombra, se vigorizaron y crecieron asombrosamente y se multiplicaron las industrias, poniéndose en pie las ciencias y las artes; el que estableció en admirable escala los ferrocarriles, para que se verificara el cambio productivo, la circulación que diera vida á las riquezas muertas, y los telégrafos á fin de que tuviera efecto la comunicación rápida en que tomara alas para volar el pensamiento; el hacedor de la nueva Nación; el creador del México Moderno, no con-

cluye su portentosa tarea; y al contemplar ya á la República con todos los elementos de una nacionalidad, con un ejército dignificado por la historia, con un pueblo redimido por el trabajo, que ha llegado á ser respetuoso ante la ley, y que en todas sus capas sociales se conmueve con el estremecimiento sublime de la humanidad y de la naturaleza, al oír la voz sagrada del patriotismo; le ha dirigido la palabra con sus disposiciones para la formación de las Reservas del Ejército, tendentes á que los defensores de México lleguen contarse en no lejano día por el número de sus habitantes, para así, antes de desaparecer él con la generación de sus colaboradores, mirar en perspectiva vigorizada á la Nación, á salvo por siempre ante las asechanzas del futuro su autonomía, que al afirmarle la individualidad soberana, le permita bastarse á cumplir dignamente sus destinos en la grandiosa marcha del progreso humano; á ella, á esta Nación que por su antigua historia, por sus luchas, por sus desgracias y sus glorias, y por su situación geográfica, es la visible piedra miliaria, y la frontera en los tiempos y en las razas de este continente, que se llama el Nuevo Mundo.

En los momentos solemnes de la historia de los pueblos, los grandes ideales se ciernen en su cenit, vibran en su atmósfera, y hablan á las almas, y despiertan los entusiasmos, y arrebatan las muchedumbres, y predicen el porvenir

¡Ah! ¡me parece que se enciende el cielo, y que semejando una visión profética, nube voladora brillante en oro y escarlata, blande en los esplendores del firmamento penacho de llamas, iris inmenso, con los tres colores que tiene el raso de la bandera de la Patria !

No sabemos hasta dónde México irá en su marcha de avance; pero en el momento supremo de su vida á que asistimos, como á una consagración, cumple á nuestro deber prepararle el equipo que ha de asegurarle la fuerza y autonomía de su ser, y con esto, la capacidad de que realice la misión humana que le corresponda. Tras de satisfecho ese deber sagrado, que ha tocado en suerte á la generación á que pertenecemos, que se derrumbe, que caiga ella en tierra, agotada por sus afanes; y que, con sus legados, con sus cenizas, dé asiento á la planta de las vívidas generaciones de nuestros hijos, que gloriosas se levanten!

